

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LX

MADRID, 10 DE DICIEMBRE DE 1933

NÚMERO 50



CARRO EN PAISAJE DE NIEVE

Alzaré mis ojos a los montes de donde vendrá mi socorro

(Continuación.)

Primero no se oían más que unas cuantas voces; pero gradualmente todos llegaron a cantar juntos:

Soy un pobre desterrado
por la palabra de Dios;
de mi hogar soy expulsado
por oír sólo su voz.

Soy un triste peregrino;
por eso, Señor, te ruego
que en mi penoso camino
no me falte tu consuelo.

Debo dejar mi mansión,
separarme de mis hijos,
y, partido el corazón,
he de ir sin rumbos fijos.

Llévame, Señor, allá
do tu voz pueda oír;
mi alma no se cansará
de tu nombre bendecir.

Si en este valle del dolor
tengo que sufrir pobreza,
Dios me dará lo mejor:
de los cielos la riqueza.

III. Rosita

La niña había queda huérfana.

Cierto que el cura había conseguido que por lo pronto quedara en su casa. Se sentía feliz, porque padre Ignacio se había marchado del pueblo y las monjas en Radstad tenían recogidos más niños que los que buenamente podían albergar. De este modo consiguió que Rosita pudiera quedarse. El y su ama, la señora Emerencia, hicieron lo que pudieron para que se sintiera a gusto.

Pero el dolor de la despedida había sobrecogido a la pequeña como una tempestad repentina con truenos y relámpagos; se sintió también su cuerpo fuerte y sano. No tenía ganas de comer, no la gustaba ni el

juego ni el trabajo. Cuando a la noche el cura se acercaba a su cama, la encontraba dormida, sí; pero en las mejillas aun conservaba señales de lágrimas, se había dormido llorando. Cuando por la mañana la señora Emerencia se inclinaba sobre ella, una sonrisa iluminaba su carita al despertar.

—Mamaíta—susurraban sus labios; pero la sonrisa se desvanecía, los ojos se llenaban de lágrimas al volver en sí y darse cuenta de su desamparo.

Muchas veces se asomaba a la ventana de la habitación parroquial, contemplando las altas montañas cubiertas de nieve.

—¿Qué estás mirando, niña?—preguntaba el viejo.

—Envidio las grandes aves en las montañas; sabes, las águilas, que tienen sus nidos en la sierra. ¡Quién tuviera sus alas!

En otra ocasión, antes de que la señora Emerencia hubiera encendido el candil en la lumbre, la luz clara de la luna invadía la habitación. Los ojazos tristes de la niña miraban hacia el astro de la noche.

—¡Qué feliz es la luna!—exclamó.

—Por qué lo dices, hija?—preguntó el párroco.

—Echa la vista sobre todo el mundo, puede ver a papá y a mamá, a Quitierio y Brígida. ¡Ay, luna querida, dales mil recuerdos cariñosos!

—Hay que juntarla con otros niños—dijo el cura al ama.

Vinieron las niñas del vecino, Gúdula y Guillerma, para jugar con ella. Rosita era amable y cariñosa con sus compañeras; “pero, se decía su paternal amigo, es como si la separara de nosotros un muro invisible”.

Todos los días le daba a Rosita una hora de lección, la enseñaba las leyendas de la Virgen, las historias de los santos. La niña le escuchaba con atención.

—¿Qué tal te parece?—preguntó el cura.

—Bien, muy bien—replicaba Rosita—; han sido buenas personas.

La niña quedó pensativa un momento; en seguida su carita se iluminó:

—Ahora recuerdo lo que decía mi papá: cuando puedo ir al rey no llamo a la puerta de sus criados. Usted mismo lo ha leído: Mi socorro viene del Señor, que hizo los cielos y la tierra.

—Pero cuando el rey David dijo eso, no vivían los santos benditos.

—Y ¿por qué después han variado las cosas?

El viejo no supo qué contestar. Algunas veces se apoderaba de él mismo el miedo que esta niña pudiera hacerle hereje a él, antes de que él la convirtiera en católica romana.

Una vez oyó una conversación de las niñas. Guillerma había recibido de su madrina un precioso rosario con cuentas de cristal de color. Vino corriendo, llena de alegría, y se lo mostró a su amiguita:

—La madrina ha dicho que me lo ha comprado porque sé rezar tan bien.

En seguida empezó a rezar padrenuestros y avemarías, mientras las cuentas pasaban por sus dedos.

—Acaba ya—interrumpió Rosita—; el Padre celestial y la Madre de Dios habrán de enfadarse mucho si les repites tantas cosas sin pensar en ellos.

Guillerma la miró sin comprender:

—¿Qué dices? Lo mismo que yo hacen todos.

El cura intervino:

—Rosita tiene razón, Guillerma. Tienes que hablar despacito; hay que sentir en el corazoncito lo que se dice.

La pequeña hizo pucheritos.

—Ay, señor cura, he prometido a mi madrina que todos los días rezaría diez rosarios. ¿Cómo voy a acabar entonces?

Eso al viejo le llegó al alma. Otro cuidado le oprimía. Sus fuerzas le iban abandonando. El corazón no siempre funciona-

ba bien, y algunas veces le parecía que pronto podría llegarle su última hora. Y entonces ¿qué sería de Rosita?

Oró larga y fervientemente por la niña; pero las palabras de Rosita: “Si puedo ir al rey, no llamo a la puerta de sus servidores”, no se apartaban de su mente. Sus cuidados y oraciones se elevaron cada vez más al Señor que hizo los cielos y la tierra.

Así pasó el invierno. Fuera ya corría un aire primaveral, la nieve se derretía y el agua bajaba por las montañas. Volvió a hablarse mucho del destierro de los evangélicos. Los tres meses de plazo que se habían concedido a los vecinos establecidos habían trascurrido.

Allá, escondido entre las montañas había un cortijo que pertenecía a un labrador evangélico. Este ahora también tuvo que marcharse. Las pobres gentes habían llevado consigo una niña enferma, de la edad de Rosita. Cuando el escribano de los pasaportes les negó la salida para la niña, y al repetirse la triste escena que Rosita había pasado con sus padres, resultó que la pequeña estaba agonizando.

Ante la solemnidad de la muerte enmudeció la contienda religiosa, más que nada porque el cura intercedía con toda energía. Les permitieron a los padres que quedaran en el pueblo los días precisos, hasta que su hija fuera enterrada. La señora Emerencia tuvo que guisar para la familia y Rosita llevaba la comida al prado del pueblo, donde estaba el carro.

Conmovida la pobre madre miraba a la pequeña.

—Ya pueden tus padres dar gracias a Dios por tener una hija tan guapa y tan sana.

Los ojos de Rosita se llenaron de lágrimas:

—Mis padres son emigrantes también, han ido al lejano país de Prusia; yo me he tenido que quedar aquí—dijo sollozando—. ¡Ay, si vosotros me pudiérais llevar!

(Continuará.)

Tres regios dones

Nochebuena! En los collados que rodean el pueblo de Betlehem estaban sentados los pastores junto a las hogueras de leña de olivos. Soplaban un aire frío del norte. Los rebaños pastaban alrededor. Yussuf, el zagal moreno, se arropó bien en su piel de oveja. Miró al cielo estrellado, a la hoz plateada de la luna, que se asomaba entre el ramaje de los olivos viejos. Yussuf pensaba que en la primera Nochebuena también podía haber sido igual, que también los pastores, con sus rebaños, habrían estado en el mismo sitio. Estaba orgulloso de ser pastor, porque pastores habían sido los que habían oído el mensaje de los ángeles y habían sido también los primeros que adoraron al niño. ¿Le habrían llevado un tierno corderito de su rebaño? Yussuf contempló su corderito blanco favorito, que yacía a sus pies. "Si fueras mío—dijo—te llevaría a la iglesia para regalarte al niño; pero eres del señor Ibrahim; yo no tengo nada que poder regalar." Empezó a tocar su flauta. "Así habrán tocado también los pastores cuando fueron al pesebre." Se levantó llamando a su rebaño, alegrándose de que se pareciera en algo a los pastores de aquellos tiempos. Era la hora de recogerse, contó cuidadosamente sus animales y los llevó hacia el pueblo por las estrechas sendas.

Allí reinaba gran bullicio de automóviles, coches, caballos, que llevaban a los extranjeros a la Iglesia del Nacimiento. Con grandes dificultades Yussuf conducía su rebaño. En un callejón estrecho un gran automóvil les cerró el camino. Las ovejas balando se quedaron paradas. El auto tuvo que espe-

rar y el conductor riñó no poco al asustado muchacho. Dentro había tres hombres: un anciano, con lengua barba blanca, otro con barba negra y ojos relucientes, y un joven de cara amable. No habrían comprendido al conductor, pues saludaban amablemente a Yussuf.

Después de haber entregado sus ovejas, corrió a su casa, donde su madre ya le esperaba. Su hermanita Miriam alegremente le salió al encuentro. "Voy a enseñarte una estampa, Yussuf, que el masetro me ha regalado hoy. También me ha contado la historia." Ya quería llevarle al rincón donde estaban amontonados los colchones de la familia, pero la madre dijo: "Primero tiene que comer", y le dió un pan redondo y plano y un puñado de aceitunas. Pero Miriam no podía esperar a que se lo comiera todo y se le acercó con una estampa, que Yussuf quedó contemplando. "Ah, son los magos que van a ver al niño Jesús." Al fijarse más exclamó: "Pero se parecen completamente a los tres hombres que vi en el elegante automóvil: el viejo con la larga barba, el negro con los ojos relucientes y el joven con la cara amable." "¿Conoces la historia?"—preguntó Miriam—. Yussuf con la cabeza dijo que sí. "Hoy he visto a los tres. Han vuelto en un hermoso coche para depositar sus dones en el pesebre." "¿Pero los has visto?"—preguntó Miriam, admirada. "Sí, en el callejón. El conductor me riñó, pero ellos me saludaron muy amables." "¿Estarán todavía en la iglesia?"—preguntó Miriam—. "Yo miraré—contestó Yussuf—, y si están te llamaré."

(Concluirá.)

PRECIOS DE SUSCRIPCION: *Por un año:* En España y Repúblicas Americanas, ptas. 3,00 (25 centavos oro); en los demás países, ptas. 4,50.

Librería Nacional y Extranjera, Caballero de Gracia, 60. Madrid.